

## EL CANTO DE LOS PAJAROS

Por MARTA TRABA

—“No está muerto”— dijo el niño bajando la voz —“Hace un momento movió una mano”—.

—“Pero ahora ya no se mueve, ya debe estar muerto”—, le respondió el otro con un tono entrecortado y temeroso.

—“Ya traerán la linterna grande para ver”— contestó el primero, alzando los hombros, —“y verás que con la luz se vuelve a mover”—.

—“Como los gusanos”— dijo el más pequeño.

Y se quedaron un rato en silencio.

Estaban a corta distancia del hombre acostado, medio protegidos por los árboles altos que sombreaban las matas de cafetos. Desde ahí podían ver sin que sus padres los descubrieran y les regañaran por andar despiertos y levantados a tan altas horas de la noche.

No se habían podido quedar tranquilos en la casa después que comenzaron las voces y las carreras, el padre encendió el farol para llamar a don Torcuato que vivía en la casa de lo alto de la colina y la noche comenzó a tomar ese carácter excepcional y misterioso, perdió su constante de sigilo y explotó en una fiesta llena de estupores y sobresaltos.

La animación de esa noche era, pues, algo absolutamente nuevo para los niños. Al principio no se atrevían a bajarse del camastro pero luego, cuando se convencieron de que nadie hacía caso de ellos porque otro acontecimiento de mucha mayor importancia se imponía a la atención de sus padres y de los vecinos, saltaron al suelo de tierra apisonada con el cora-

zón batiendo extrañamente y se fueron deslizando entre cafetos taciturnos. La noche oscura redobló en ellos el temor de cometer algo prohibido. Guiados por las voces y por la luz oscilante del farol de su padre, corrieron cada vez más de prisa confundiendo con los arbustos bajos del café sombreado. Sentían sobre ellos la doble protección de los arbustos achaparrados y los árboles altos y este amparo los tranquilizaba. Por eso, cuando llegaron al borde donde terminaban los cafetos y se extendía una suave ladera descendiente que bajaba hasta el río, se detuvieron expectantes.

En la mitad del campo había un bulto tendido, que debía ser un hombre.

No podían distinguirlo bien desde donde estaban, pero el bulto hombre permanecía tranquilo, en una sospechosa quietud. Acostumbrándose a la oscuridad y escudriñando cada vez más intensamente el débil radio iluminado por el farol que su padre había depositado en el suelo cerca del caído, fue como el mayor de los niños descubrió el puñal que el hombre tenía clavado en la espalda. El cuerpo estaba ligeramente doblado sobre sí mismo, como si el hombre hubiera facilitado a su agresor desconocido el asesinato. El niño nunca había visto ese puñal en ninguna parte, a pesar de que se pasaba el día tocando reverencialmente las conteras y los mangos de los machetes y cuchillos del padre y los vecinos, a hurtadillas y cuando nadie lo veía. El puñal tenía un mango insolentemente brillante, que fulguraba a ratos como una estrella cuando la llama del farol se afirmaba, al parar la brisa por mínimas treguas. El niño mayor miraba aquella estrella fascinante encenderse y apagarse, realmente como si titilara y solo al cabo de un rato pudo explicar todo a su hermanito que le halaba angustiada y perentoriamente la camiseta amarillenta.

El niño más pequeño había creído hasta ese momento que la noche era terrible y que por eso los acostaban y obligaban a cerrar los ojos y a dormir apretados uno contra el otro en el camastro. Pero ahora comprobaba, ligeramente decepcionado, que la noche era como un día oscuro, donde los hombres podían desplazarse con sus movimientos habituales y conversar como si no pasara nada. El niño pensaba, además, que la noche era fría y que ese frío, penetrando lentamente en los huesos, producía la muerte al que se atrevía a salir fuera de la casa. Verificaba ahora con dolor que la noche era tan caliente como el día, solo que ese calor resultaba menos pegajoso y deprimente que el del día. Era como si el cielo fuera un enorme cafeto fresco y generoso desplegado sobre la vereda, que los librara de los rayos del sol. Mientras su hermano se hundía absorto en el descubrimiento de la noche, el niño mayor no podía dejar de pensar en el puñal y en el hombre tendido sobre el césped. Por eso advirtió cuando movió una mano, no espasmódicamente, sino con tranquilidad y parsimonia, como si buscara de todos modos una posición más cómoda.

De lejos ambos oían los murmullos de las voces y comprendiendo que el asunto iba para largo, se sentaron bajo el cafeto, mimetizados por las

ramas como paraguas. Se había reunido más gente y cada uno tenía un farol, de manera que aumentó la claridad alrededor del hombre tendido, aunque éste era ya menos visible entre las piernas y los cuerpos que lo rodeaban. Cansados de mirar y no ver, los niños prestaron atención a los ruidos de la noche. Grillos, ranas y chicharras invadían el silencio sin dar tregua, pero se echaba de menos el canto de los pájaros.

—“¿Por qué no cantan los pájaros?”—, susurró el más pequeño tironeándole la camiseta al mayor, que ya se había tendido de espaldas al cielo del cafeto, fatigado de acucillarse.

—“Tonto, porque es de noche”—, respondió el mayor con un dejo de desprecio, —“de noche los pájaros duermen”—.

El más pequeño volvió a sentir por un momento que la noche ante sus ojos recobraba el prestigio perdido, al esconder y retener los miles de pájaros, imponiéndoles silencio. Presintió de pronto que la noche debía ser mágica y poderosa al ser capaz de callar a los pájaros. Oía ese silencio bullente donde las ranas de la cañada croaban intermitentemente y los grillos mantenían el alerta, pero donde se había cancelado el canto de los pájaros y le parecía que estaba en otro mundo distinto de su ámbito diario y familiar.

Se imaginó miles de plumajes a la espera entre las hojas de los árboles, sometidos al rigor de la noche y acechando la llegada lechosa y liberadora de la madrugada.

Entretanto, la gente había aumentado alrededor del hombre acostado y alguien iluminaba rectamente el cuerpo con una linterna. De cerca, abriéndose paso entre los campesinos parados a su alrededor, se hubiera podido comprobar que el hombre agonizaba y que su jadeo era más y más angustioso. Tenía los ojos abiertos y miraba hacia arriba, ligeramente estupefacto, aunque arriba no había nada más que el techo olímpico de estrellas.

Nadie lo conocía, nadie lo había visto nunca por los alrededores, nadie reconocía tampoco el arma homicida.

Desconcertados ante este hecho insólito, los campesinos depositaron sus faroles en la tierra húmeda alrededor del hombre, y el agonizante quedó protegido por un cinturón de luz, que resguardada por la pantalla natural de los que estaban de pie, se hacía más intensa y firme por momentos. Algo atravesó el aire de parte a parte, y en seguida otra forma veloz recorrió el prado revoloteando.

El pájaro, o los dos pájaros, reiniciaron su maniobra esta vez tan cerca que uno de los hombres bajó instintivamente la cabeza, y otro miró hacia arriba extrañado de ese revuelo que interrumpía la paz lógica del aire nocturno. Se oyó en seguida un píar agudo y luego un largo trino que se detenía, gozoso, en mitad de la noche. Como si esto hubiera sido una consigna, cientos de pájaros comenzaron a volar de rama en rama y el canto alcanzó

en un instante esa intensidad mezclada y caótica que siempre se generaba a pleno sol.

—“¡Los pájaros!”— gritó excitado el niño más pequeño, olvidando el sigilo que debía mantener. Su hermanito mayor se incorporó rápidamente.

—“Los pájaros se han despertado”— repitió con ansiedad.

—“¿Entonces es de día?”— preguntó el más pequeño.

—“Tonto”— masculló el mayor sacudiéndolo, —“no ves que es de noche, es que se han confundido con la luz, ¡mira cómo vuelan alrededor de la luz!”—

Volaban, en efecto, en todas direcciones, con una estridencia mayor que la normal. Cantaban desaforadamente al posarse en las ramas, y a veces los trinos eran tan agudos que rechinaban en el oído atento.

El agonizante esbozó una sonrisa y su cabeza cedió, cayendo para un lado. Ahora sí estaba realmente inmóvil. Pero la sensación de inmovilidad no comunicaba para nada la idea de muerte, porque era tal el revuelo de alas que la noche había tomado un aspecto dinámico y festivo. Permanecía festoneada y bordada por las alas de los pájaros, fantástica, atravesada de guirnaldas.

—“Vámonos”— dijo el niño pequeño, con un repentino escalofrío, —“no me gustan los pájaros”—.

El niño mayor hubiera querido demostrarle como siempre a su hermano su superioridad desdeñosa rebatiéndolo, pero esta vez no se sentía con ánimo de contradecirlo. Porque pensándolo bien, el canto de los pájaros, que lo había acompañado durante nueve años sin que llegara a advertirlo nunca, se le antojaba ahora verdaderamente repulsivo.

Mientras corrían deslizándose hacia la casa, acosados por el trinar ensordecedor, el niño mayor pensó firmemente que buscaría la honda que su padre le había escondido y se tomaría la revancha.